

JOSÉ MARÍA MARDONES

MATAR A NUESTROS DIOSES

UN DIOS PARA UN CREYENTE ADULTO



▶ ACTUALIDAD

DEL DIOS EXTERNO AL DIOS QUE NOS RODEA

Colocar a Dios fuera de nosotros es otra imagen muy habitual de muchos creyentes. Dios está allá, lejos y fuera, distante y externo a nosotros. Este extrinsecismo o externismo de la figura de Dios tiene graves consecuencias para la relación con Dios. Permanece alejado y fuera de nosotros. De vez en cuando entramos en contacto con él por medio de personas, lugares, cosas, ritos, oraciones, que tienen un carácter sagrado. Pero Dios mismo está y aparece lejos. La consecuencia es que se vive distanciado de Dios y de todo lo que tiene que ver con él o, todo lo más, con contactos puntuales con él.

La espiritualidad cambia mucho si Dios se viviera como el que nos envuelve y penetra, como la intimidad más íntima a nosotros mismos. Y conceptos un poco más difíciles como el de revelación o comunicación de Dios, que manejamos mucho, aun sin saberlo, se entenderían de una manera muy distinta.

Este capítulo es muy importante porque de nuevo en él se juega mucho de una representación adecuada y madura de Dios.

1. El largo camino del Dios externo

Hay un gesto que se repite: cuando nombramos a Dios, muchos creyentes se vuelven hacia un «arriba» y un «fuera». Dios está en los cielos. Y lo que era una frase para evitar nombrar el sacrosanto nombre de Dios se ha degradado hasta señalar un lugar externo, lejano y desconocido en el firmamento. Y lo que era y

es un símbolo muy sugestivo que apunta hacia la trascendencia de lo divino, es decir, un más allá de todo, se transforma en un vulgar señalar una vaga indicación entre las nubes.

Después viene Yuri Gagarin, el astronauta ruso, y toma literalmente la expresión y dice con orgullo tecnológico no exento de simpleza que no ha encontrado a Dios «por ahí arriba».

Y sigue habiendo una catequesis y pastoral que usa y abusa de la indicación espacial en un sentido, si no localista y vulgar, sí de representar a Dios estando fuera de nosotros. No es extraño que algún humorista gráfico de periódico de gran tirada recurra persistentemente a la imagen de Dios como alguien, el gran ojo vigilante del universo, encerrado en el triángulo trinitario, que planea sobre el mundo, fuera de él, como el policía externo que observa a los hombrecitos sobre la faz de la tierra.

Esta imagen es muy negativa. Coloca a Dios fuera del mundo, externo a los seres humanos; alejado de ellos, además de observador, vigilante y policía del mundo. Con esta imagen de Dios persiste la amenaza y tenemos a un Dios alejado, por encima del mundo, fuera de nuestra realidad mundana, muy soberano, pero muy poco implicado en las cosas humanas, que mira desde lejos.

Este Dios distanciado y que distancia, externo y que se acerca en algunos momentos especiales de la vida, impone un tipo de trato: el de un señor, muy aristocrático, que hay que saludar a distancia, con guantes blancos muy finos y delicados. No es un Dios de trato diario y normal, sino para ocasiones festivas.

a) Algunas consecuencias

En la oración, este Dios situado «fuera», nos pide dirigirnos a Alguien lejano, importante, que además de respeto exige que atraigamos su atención. Será una oración que busque

hacerse oír. El esfuerzo principal parece que estará orientado a lograr captar la atención de este Dios alejado.

Consecuentemente, la relación con Dios será de quien va a hacer una visita importante. Voy a hablar con Dios. Y, frecuentemente, en el templo, en los sacramentos, en la «visita al Santísimo». En este momento recuerdo a Dios y me encuentro con él. En el resto de los momentos de mi existencia, Dios corre el peligro de permanecer fuera, exterior a mi vida. Incluso, cuando mirando desde el lado de Dios se dice que me visita, viene a mí, etc., parecería que lo hace desde lejos, desde fuera, y «entra» en mí. Una forma de hablar, sin duda, que refleja este «imaginario» del «viene», «llega», «se va», que sugiere que antes no estaba y ahora sí.

En el fondo de este «imaginario» acerca de Dios se detecta una concepción objetivista de lo sagrado. Es decir, Dios aparece localizado, aunque sea vagamente, como «fuera» de mí, del mundo, de la vida. O bien, puntual y precisamente localizado en determinados lugares, generalmente «sagrados»: templos, sagrario, copón; en determinados momentos o tiempos: el domingo, las fiestas, la Semana Santa, Navidad, la misa.

Debemos corregir esta imagen de Dios. Y ya que de «imaginario» se trata, tenemos que meterlo dentro de nuestra vida y en el centro de nuestra existencia.

Tenemos que vernos envueltos y abrazados por Dios desde la raíz de nuestra existencia. Volvemos a encontrarnos por este camino con algunas ideas ya enunciadas que aparecen ahora desde un punto de vista más de la relación con Dios o de la espiritualidad.

2. Dios «dentro» de mí y de todo

La imagen del Dios dentro de nosotros y de toda la realidad encuentra en el Nuevo Testamento representaciones muy cualificadas. Nos vamos a referir brevemente a dos lugares señeros donde esta representación alcanza un énfasis especial.

a) *En él vivimos, nos movemos y existimos*

En primer lugar podemos citar al Pablo presentado por Lucas en los Hechos de los Apóstoles. El pasaje de Hch 17,28 es bien conocido. El contexto en que se sitúa también: Pablo, el apóstol al que «le exasperaba el ánimo ver la ciudad [de Atenas] poblada de ídolos», se ponía a discutir no solo en la sinagoga, sino «en la plaza mayor con los que acertaban a pasar». Se nos indica que «incluso algunos filósofos epicúreos y estoicos se pusieron a debatir con él». De esta manera, Pablo adquirió notoriedad. Y entonces se lo llevaron al Areópago, que era tanto como decir la plaza mayor donde los atenienses debatían las cuestiones importantes y todo lo que les llamaba la atención.

Pablo adopta una postura retórica y, para precisar de lo que habla, hace una observación que hoy diríamos de sensibilidad intercultural: «Atenienses, en cada detalle observo que sois extremadamente religiosos. Porque paseándome y fijándome en vuestros monumentos sagrados encontré incluso un altar con esta inscripción: “Al Dios desconocido”».

Tras este planteamiento y acercamiento, que quiere captar la benevolencia de los oyentes, Pablo hace un anuncio llamativo: «Pues eso que veneráis sin conocerlo es precisamente lo que yo os anuncio». Y a continuación viene una declaración que es todo un modo de presentar y entender a Dios que podía ser participado por sus oyentes, especialmente los estoicos: 1) la unicidad del Dios creador: «El Dios que hizo el mundo y todo lo que contiene» [...]; 2) la autonomía divina; 3) la procedencia de todos los hombres de un mismo linaje; 4) el gobierno del mundo y de la historia: «El que a todos da la vida y el aliento y todo»; 5) que quiere que le busquen y le encuentren: «A ver si, al menos a tientas, lo encontraban». Finalmente añade una famosa afirmación que supone un cambio mental e imaginativo respecto al Dios «externista» o situado fuera: «Después de todo, no está lejos de ninguno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos».

El Dios que nos presenta Pablo no está fuera ni alejado. Nos envuelve. Dios es el gran Envolvente. Antes de que lo dijera K. Jaspers, ya Pablo –y tantos místicos de todas las religiones– lo han captado: no vivimos fuera de Dios; nos incluye y abraza. Dios no está lejano, sino que se despliega por todo lo existente. Todo está atravesado, transido por esta Realidad que contiene y sostiene todo lo existente.

Cabe visualizar una imagen diferente de la del ojo en el centro del triángulo observando desde «fuera» a los seres humanos: la de un mundo y universo entero *en* Dios, abrazado por él, penetrado enteramente por él. Con todas las imperfecciones que conlleva cualquier representación de lo divino, esta hace más justicia a lo que Pablo y la experiencia de todos los hombres profundamente religiosos han tenido: «Dios no está lejos de ninguno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos».

Este Dios que nos presenta Pablo es de nuestra familia. Mejor, «somos estirpe suya», dirá citando a un poeta griego del siglo III a. C. llamado Arato. Ser de la estirpe o familia de Dios quiere decir que somos de algún modo «divinos», «imágenes de Dios», se dirá en tono del Primer Testamento, «hijos», en expresión del Segundo. Nada de extraño que los místicos cristianos, como Angelus Silesius, diga que se siente «totalmente divinizado con él».

Y aprovechemos para recordar y recuperar desde esta perspectiva lo dicho anteriormente acerca del modo de presencia de Dios en el mundo: Dios no está al modo de los objetos, situado aquí o allá; Dios no se acerca o se asoma de vez en cuando al escenario del mundo; Dios está permanentemente unido a todo lo existente, mejor, todo lo existente vive y permanece en él. Dios no viene y se va. Nosotros estamos arraigados en Dios, es el fundamento de todo. De ahí la hermosa intuición del filósofo X. Zubiri: estamos *re-ligados*. El ser humano es un ser que tiene ligaduras, vínculos, ataduras, nada menos que con el fondo radical de la existencia,

que llamamos Dios (frente a la concepción de M. Heidegger de que más bien estamos «arrojados a la existencia»). Vinculados radical y constitutivamente con Dios. Por esta razón puede decir hermosamente Zubiri que «el hombre no necesita llegar a Dios. El hombre consiste en estar viniendo de Dios y, por tanto, siendo en él». De una forma más religiosa, mística, nos lo había dicho hace veinte siglos Pablo de Tarso.

b) El Espíritu: Dios en nosotros

El segundo texto al que queremos hacer referencia es de Juan. Se sitúa en el famoso discurso de despedida que Juan sitúa tras la última cena (Jn 14-17). El evangelista, valiéndose de que Jesús se está despidiendo, les trata de comunicar a sus discípulos que nos los dejará solos. Les dará un protector, un valedor, un abogado, un defensor, un acompañante permanente: «El Espíritu de la verdad, el que el mundo no puede recibir porque no lo percibe ni lo conoce». Y a continuación hace una afirmación grandiosa y sorprendente: «Vosotros lo reconocéis porque vive con vosotros y además estará con vosotros». Otras traducciones, como la Biblia de Jerusalén, vierten: «Porque mora con vosotros y está [o estará] en vosotros».

No estamos solos, no estaremos nunca solos. Dios mora en nosotros y está (o estará) con nosotros. Es la consecuencia de vernos en Dios, abrazados y penetrados por Dios. Dios nos habita. Es decir, una imagen más para nuestra representación de Dios –aunque todas sean insuficientes y necesitadas de corrección–, Dios no está fuera, sino dentro de nosotros; vive, mora en nosotros. Y esta experiencia de Dios habitando y poseyéndonos desde dentro lo denomina Juan el «Espíritu (Santo)».

El evangelista Juan, y también los sinópticos en sus afirmaciones pascuales, nos aseguran la presencia del Espíritu del Padre y de Jesús. Y, en el fondo, se percibe una situación no

restringida solo a los cristianos, sino generalizable a todo ser humano y a toda la creación: el Espíritu de Dios, *Dios en nosotros*, mora y vive en nosotros. Y de nuevo Pablo (Rom 8,11s) nos presenta el Espíritu habitando en nosotros y pugnando por manifestarse en nosotros y en toda la creación.

3. Algunas reflexiones sobre el «Dios dentro»

En este proceso de cambio de nuestro «imaginario» no basta cambiar meramente de imagen de Dios. No se trata únicamente de sustituir al «Dios de fuera» por un «Dios de dentro». Ya vamos repitiendo que toda imagen de Dios tiene mucho de imperfecto e inadecuado. Es decir, lo que importa es captar tras la corrección de la imagen de Dios el dinamismo hacia donde tiende o apunta la corrección, más que cambiar solo de imagen. Quien cambia de imagen pero no capta el porqué de este cambio enseguida volverá a hacer un fetiche con la nueva representación. Lo importante es captar el «hacia dónde» va el cambio de imagen.

Una vez dicho esto, veamos algunas de las implicaciones o consecuencias que conlleva la nueva imagen de Dios. Así nos daremos cuenta de las ganancias que nos vienen con el cambio y también de algunos peligros que siempre laten en toda representación de Dios.

a) *La recuperación del Espíritu Santo*

Dios no está fuera de nosotros, mora y está en nosotros. Decíamos hace un momento que la tradición del Nuevo Testamento denomina Espíritu (Santo), Espíritu de Jesús y del Padre, a esta experiencia de los primeros cristianos. Me parece muy importe que caigamos en la cuenta de que el Dios que no está lejos de nosotros, que vive y mora en nosotros, que nos

acompaña siempre y será siempre nuestro gran acompañante, es llamado el Espíritu.

Diríamos con palabras que circulan hoy por nuestro mundo religioso y de espiritualidad variopinta: la Energía, la Vida, el Impulso que anima a todo y a todos, es el Espíritu de Dios. Y ha sido muy bien visto por Juan y Pablo que este Espíritu de Dios, de Jesús y el Padre, es nuestro gran Valedor, Abogado, Acompañante, Consolador. O dicho con signos: es fuego, llama, luz, viento, brisa. Llena de fuerza unas veces nuestro corazón, y otras lo consuela y sostiene; lo calienta y enciende unas veces, y otras lo abre y lo dispone a la comunicación, la escucha o la recepción. Es una Presencia real para el creyente, invisible y ausente para el no creyente o duro de oído espiritual.

En suma, el Dios que está dentro y no fuera, que recorre toda la realidad y a todo ser, que nos abraza por dentro y por fuera, lo denominamos Espíritu Santo. Nada, por tanto, hay «fuera de Dios»; nada ocurre fuera de Dios. Nunca estamos lejos ni fuera, sino siempre delante, en él, con él.

b) Le habla a nuestro espíritu

Cuando decimos que Dios está «dentro» y no fuera, ¿qué decimos en realidad? Hablamos de interioridad, pero no solo. Sería un nuevo empobrecimiento ganar la interioridad humana y despojar a Dios de una presencia en el mundo, por ejemplo. La metáfora del «dentro» quiere evitar, como hemos dicho, el peligro de la exterioridad y alejamiento de Dios, pero no quiere encapsular a Dios en la subjetividad o interioridad. Con Pablo ya veíamos que la metáfora del «dentro» significa, en primer lugar, un estar y ser «en» Dios. Estamos penetrados por él, por dentro y por fuera. Dios es la realidad que nos envuelve y nos penetra, nos sostiene y nos impulsa. Toda nuestra vida se desarrolla «en Dios».

Incluso podemos vislumbrar un poco más la riqueza de lo que se sugiere con la metáfora «en Dios» a partir de la experiencia creyente de que es el Espíritu quien «nos permite gritar: ¡Abba!, ¡Padre!» (Rom 8,15). «El Espíritu en persona intercede por nosotros con gemidos sin palabras» (Rom 8,26). El creyente Pablo nos dice algo muy profundo y consolador: debemos caer en la cuenta de que el primer movimiento de búsqueda es del Espíritu; cuando nos movemos hacia Dios, lo más fascinante es que, en lo más profundo, el creyente descubre que ya ha sido «encontrado», «movido» por el Espíritu Santo. Cuando oramos, o cuando nuestro corazón se mueve hacia Dios de cualquiera manera que sea, ese movimiento ya indica que Dios está (o estaba) ahí, «en nosotros», por medio del Espíritu. Sin sustituirnos nunca, habrá que añadir; sin quitar un ápice de nuestra libertad. Pero ya en nuestro primer movimiento hacia Dios está él. No hay sustitución alguna, solo que el creyente lo expresa como anticipación y regalo del Espíritu de Dios en nosotros y en todo.

Nada tiene de extraño que esta vivencia se exprese también como pertenencia a su familia, a su estirpe, como deificación: «Recibisteis un Espíritu que os hace hijos» (Rom 8,15).

c) Intimidad y trascendencia

La presencia de Dios es tan penetrante que «habita» lo más recóndito de nuestra intimidad. San Agustín lo experimentó y lo expresó magistralmente cuando dijo que la presencia de Dios era «más íntima que nuestra propia intimidad» (*intimior intimo meo*). Pero a continuación expresó también que esta inhabitación de Dios en lo más profundo de nosotros mismos no era un modo de poseer o apresar a Dios en nosotros. Su libertad es máxima. La experiencia del creyente es que, cuando tratamos de retener o apresar a Dios, se nos escurre y lo perdemos. De ahí que la experiencia creyente

diga, como señalaba a continuación san Agustín, que Dios era «superior o más trascendente que todo lo que poseo» (*superior summo meo*).

Intimidad y trascendencia son, por tanto, las dos caras que hay que mantener cuando hablamos de la presencia o inhabitación de Dios en nosotros y en toda la realidad.

En la vida espiritual se suele decir esto mismo cuando se orienta hacia un abandono o desasimiento: no tanto poseer a Dios cuanto dejarse poseer; no valorar tanto lo que yo busco o amo a Dios cuanto lo que él me busca, me ama. La vida espiritual consiste en una hermosa pasividad que es muy activa y difícil: dejarse amar, apresarse por Dios. Es lo que en realidad significa el ofrecerse o abandonarse a Dios. Un descentramiento del yo, para que el Espíritu de Dios nos invada por entero.

d) *El embarazo divino*

Sería demasiado poco acentuar la presencia de Dios habitando al ser humano. Dios habita toda la realidad mediante su Espíritu. De ahí que las expresiones que lo denominan Energía, Vida, Impulso, metáforas tomadas del mundo físico o biológico, convengan al Espíritu.

Sugieren una presencia dinamizadora en toda la realidad. Ayuda a entender la creación de Dios como un proceso continuo; algo que persiste y continúa en nuestros días. Dios, para el creyente, no solo es el que puso en marcha el primer momento de la creación, tal como hoy los físicos nos lo describen a través de la teoría del *Big Bang*, sino que, prosiguiendo la visión de un cosmos en dinamismo evolutivo, se puede llegar a concebir este mundo material como dinamismo. Hoy, al creyente y al no creyente le maravilla el «fino ajuste del universo», la cantidad de «accidentes numéricos que parecen haberse puesto de acuerdo para hacer habitable el universo»,

en feliz expresión de F. Dyson. La enormidad de tiempo exigido (10.000 millones de años) que se tiene que dar para que, al menos en un planeta, se den las condiciones que preparan la aparición de la vida del carbono. Y, posteriormente, la serie de exploraciones y selecciones, saltos, azar y necesidad, que la aparición de la vida y de la vida pensante requiere.

Como dice alguna formulación del llamado principio antrópico, todo parece como si la evolución estuviera esperando la aparición del hombre.

Esta visión tan extraordinaria, que induce a pensar en una creación que se hace a sí misma, donde Dios es para el creyente el secreto impulsor de este proceso, sin embargo tiene su contrapartida en la miseria moral que la vida de los humanos presenta. Nuestro mundo ofrece una imagen de desigualdad, miseria, injusticia, víctimas, sufrimiento gratuito y evitable, que da que pensar a muchos de nuestros contemporáneos si este mundo no es un mal sueño.

Ahora bien, ¿quién puede sopesar las ventajas o desventajas, el mayor peso de la miseria frente al amor, para juzgar digna o indigna esta creación? Solo Dios.

Con todo, en Pablo tenemos una sugerencia o visión mística sobre este mundo que nos puede proporcionar el modo en que el creyente puede mirar hacia este proceso. Pablo (Rom 8,18s) no deja de advertir la miseria de este mundo. Y ve la humanidad como en proceso y marcha, «oteando impaciente, aguardando a que se revele lo que es ser hijos de Dios». Esta humanidad abriga una esperanza. Las víctimas, lo fracasado, lo no logrado, postula, pide colmar ese vacío: «Verse liberada de la esclavitud de la decadencia, para alcanzar la libertad y la gloria de los hijos de Dios» (Rom 8,21).

Esta situación de la humanidad se le asemeja a san Pablo a la de una parturienta: está gimiendo con los dolores del parto. Es un gemido universal. Incluso los que poseemos el Espíritu «gemimos en lo íntimo a la espera de la plena condición de hijos» (Rom 8,23).

No es osado decir que Pablo nos sugiere ver la humanidad, el universo entero, como embarazado de Dios. En unos Ejercicios espirituales, un participante, ante este texto, tuvo la intuición para decírnoslo. Dios está embarazado del mundo, su creación. Dios es como el vientre materno en el que nacemos, nos nutrimos, nos vamos haciendo nosotros mismos, seres independientes y libres, humanidad realmente humana. El mundo quiere ser lo que está llamado a ser. Quiere desembocar en la plenitud de Dios, ser alumbrado en Dios y para Dios. Mientras tanto, estamos gimiendo en los dolores del parto. ¿Quién es la gran partera de este embarazo? El Espíritu de Dios. Él nos acompaña, asiste, anima, quien nos impulsa a realizar la esperanza.

Esta hermosa imagen de un Dios que lleva en su seno a la humanidad y al universo entero y que quiere que llegue a la plenitud en Él mismo es una visión atrevida y consoladora. Nos ayuda asimismo a representar la presencia activa del Espíritu en el mundo, fermentando toda la masa, incluso desde su fracaso; sacando, como diría W. Benjamin, fuerza de la débil esperanza de las víctimas de la historia; no permitiendo que caiga en el olvido nada de los sueños truncados de los seres humanos. En la historia no hay garantía de que este final sea feliz, pero en Dios sí que podemos asegurar que nada verdaderamente humano se perderá. El Espíritu de Dios es el garante de que las esperanzas de realización humana no serán frustradas definitivamente. El Espíritu de Jesús y el Padre las aseguran.

Y se nos invita a dirigir una mirada sobre el dinamismo de fondo de nuestro mundo. Ver en él, en los acontecimientos sociales, políticos y culturales, la presencia dinamizadora del Espíritu. Todo tiempo histórico conoce esta presencia. Hay que estar atento a ella. Actúa en el dinamismo de todo lo humano. No como una presencia o una fuerza al lado de o al margen, sino, como venimos diciendo, «dentro de la misma realidad», sin sustituirla o manipularla nunca. A esto lo ha llamado la teología del Vaticano II «signos de los tiempos».

La secreta presencia del Espíritu viva y actuante en todo lo humano, en todas las búsquedas dentro de la inevitable ambigüedad de la historia. Por esta razón exige atención por parte del creyente, discernimiento, ojos y percepción fina acerca de la presencia del Espíritu de Dios en las mismas pugnas u «oteco impaciente» de los hombres.

Toda una visión de Dios en el mundo y en nosotros que lleva consigo una actitud espiritual de mística encarnada, de presencia atenta, activa y transformadora en el mundo.

4. La revelación de Dios «desde dentro»

Tenemos que dar el último paso importante. Si Dios es el secreto dinamismo de todo lo existente; si siempre estamos en Dios; si Dios está íntimamente ligado (*religación*) al ser humano, entonces tenemos que cambiar nuestra idea de revelación o comunicación de Dios al hombre.

De nuevo tenemos que evitar imaginar una separación entre Dios y el hombre: aquí, el hombre; allá, «fuera» y «arriba», Dios. Tenemos que corregir la concepción, muy extendida, de la revelación como una serie de intervenciones de Dios desde allá «fuera» y «arriba».

Esta idea de la revelación, con este trasfondo imaginativo, como muy bien dice A. Torres Queiruga, lleva consigo una concepción extrínseca, «milagrosa» y aislada de la comunicación de Dios. Parecería, como dice Zubiri, que revelación quiere decir hablar de Dios al dictado interno y solemne. Más bien hay que entender una manifestación de Dios a un ser humano «implantado en Dios». Una presencia real y efectiva de Dios como realidad personal en el fondo de toda persona. Todo muy normal dentro de su enorme profundidad.

Dios es una presencia que nos envuelve. No podemos menos que pensarla como personal. Está íntimamente ligada

a nosotros, como una presencia activa en el fondo de nosotros mismos. Este Dios amor desea comunicarse lo más intensamente y a todos los hombres (1 Tim 2,4). ¿Cómo se produce esta comunicación o revelación de Dios a nosotros? La respuesta más coherente es: a través de esa presencia de Dios activa en toda la realidad y en todo hombre. Manifestación de la «realidad divina en el fondo del espíritu humano», dirá un filósofo como X. Zubiri.

La consecuencia, muy importante, es que Dios se está manifestando o revelando «siempre, a todo hombre y en todo momento de la historia y en todas las formas históricas». Y se manifiesta o revela al paso humano, es decir, según la situación histórica, cultural, social y personal concreta de cada ser humano. Se revela «desde dentro», desde y en las mismas búsquedas y esfuerzos, pesquisas e intuiciones humanas. Ahí mismo el ser humano recibe la manifestación o comunicación de Dios. El creyente lo podrá atribuir a Dios y el no creyente al mismo ser humano. Siempre con la extraordinaria discreción de una presencia divina que no se impone por la fuerza.

De nuevo habrá que insistir siempre que la discreción divina lleva a comprender la revelación sin violentar nada; los «saltos», «novedades» o «pluses» de la revelación los percibe el creyente como don y regalo, al mismo tiempo que como resultado de su esfuerzo racional y humano, de su búsqueda o de sus dotes. Nadie puede decir o asegurar que le ha hablado Dios, y todos lo pueden decir.

Hay que imaginar, por tanto, a un Dios amor que está tratando paciente, persistente y amorosamente por aprovechar todas las ocasiones y resquicios que le deja el ser humano para comunicarse con él, para abrirle los ojos, el entendimiento y la disposición a su Amor. Sin violentar nada, sin sustituirle nunca, con el máximo de respeto y de cariño. Presencia «interior» de mis búsquedas, preocupaciones, inquietudes, dolores y gozos; y así en toda la realidad y en todas las vidas, todas las búsquedas, todas las inquietudes.

Comunicación o manifestación por el camino del amor, la oferta, el respeto a la libertad, la exposición amorosa de sí mismo, jamás la imposición. Camino del amor, no del poder.

Ahora se comprenderá mejor lo que afirmábamos en el capítulo anterior: Dios no impone nada «desde fuera», ni mandamientos ni prescripciones morales de ningún género. Todo surge «desde dentro», como fruto de esa comunicación de Dios a nuestro espíritu, que acontece en la misma búsqueda humana. De ahí que la revelación no sea algo que se acepte por «obediencia» a una autoridad –algo extrínseco– ni porque se lo dijo Dios a Isaías o a Jesús, sino como convencimiento personal, libre, de que así son y deben ser, por tanto, las cosas, es decir, lo que nos humaniza y hace libres.

a) Revelación en todas las religiones

Otra consecuencia importante que sacarán pensadores como X. Zubiri es que: «En toda religión está en una u otra forma [...] Dios siempre revelado o manifiesto de alguna manera». En todas las religiones hay verdad religiosa, «un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres». Esta afirmación está avalada por el Concilio Vaticano II en su *Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas* (n. 2). Claro que no todas son iguales. Hay diversos grados de viabilidad y desarrollo histórico y de verdad. Y nadie posee totalmente el misterio de Dios, ni siquiera el catolicismo. Todos apuntamos hacia el Misterio, aunque nosotros digamos que hay algo, como gustaba decir K. Rahner, de *irrebasable* en el «hecho Jesucristo». Por esta razón, el Concilio Vaticano II nos insta a ser respetuosos con las demás tradiciones religiosas, e incluso a «reconocer, guardar y promover» aquellos bienes espirituales y morales que hay en ellas.

Se comprende que el cristianismo haya promovido un encuentro y diálogo entre las religiones. Se dice que esta es la tarea

de este siglo que estrenamos. Estamos ante el inicio de una aventura que promete ser larga, nada fácil y llena de frutos. Uno de ellos será, sin duda, el reconocimiento mutuo de las riquezas que alberga cada tradición, y también sus limitaciones.

Vislumbramos ya que este diálogo interreligioso producirá una relativización de nuestras imágenes sobre Dios y un enriquecimiento: nos abriremos a nuevas formas de comprensión. Una ampliación de nuestro horizonte ante el misterio de Dios. Percibiremos más claramente nuestros balbuceos ante él.

5. Orar es estar

Se comprenderá también cómo desde esta concepción de Dios cambia nuestro modo de relacionarnos con él. Especialmente la oración aparece de una forma muy distinta y mucho más profunda.

Si Dios no está «fuera», sino «dentro» de nosotros y abrazando y penetrando amorosamente toda la realidad, la oración cambia mucho. No se tratará de hablar con Alguien ahí afuera, lejano, sino en abrimme, estar atento y escuchar. O, sencillamente, *estar* con esa Presencia amorosa que me habita.

Santa Teresa decía que somos un castillo habitado. Esto es lo que dice Juan, somos su morada. Y debemos vivir con este morador permanente que nos acompaña.

Más aún, debemos recordar lo dicho por Pablo, y, cuando vamos a orar, alegrarnos y hasta saltar de alegría, porque Dios ya está ahí y nos ha buscado. Tenemos ganas de ir a él, porque ya antes su Espíritu nos está buscando.

La oración consiste fundamentalmente en abrirse a esa presencia amorosa que está en nosotros. Aceptarla. Más que hablar nosotros, debiéramos callar, guardar silencio, estar atentos y a la escucha. Más que decir muchas palabras, como nos dice Jesús, acoger cuidadosamente, con cariño, su inhabitación en nosotros.

Y recordemos que, cuando hayamos dicho la primera palabra o lata el primer sentimiento, el Espíritu de Dios ya estaba ahí. Él tiene muchas más ganas de estar conmigo que yo. Él me busca más que yo a él. En definitiva, él me ama mucho más que yo a él.

Por tanto, como dicen tantos maestros espirituales de ayer y hoy, la oración es un asunto de abrirse suavemente, de estar atentos a esa presencia suya en mí y en toda la realidad. Incluso es mejor decir que me dejo encontrar y abrazar por él.

Al final, la oración es asunto de saber que él está y vive en nosotros. Y de estar, simplemente estar, con Aquel que sabemos que nos quiere.

La siguiente oración de Patxi Loidi lo sugiere muy bien:

Tú, que manas dentro de mí
como una fuente que no nace de mi,
pero que me moja y me riega.

Tú, que brillas dentro de mí
como una luz que yo no enciendo,
pero que me alumbra mi sala de estar.

Tú, que amas dentro de mí
como una llama que no es mi hoguera,
pero que pone fuego en todo mi ser.

Tú, silencio íntimo,
que no hablas,
pero que sin palabras
pones en mi vida la palabra
que da vida al mundo.
Tú, confidente invisible,
diálogo,
compañía permanente,
que me sacas del anonimato de las cosas
y me haces ser yo.

6. Para cambiar la imagen de Dios

Al final de este capítulo proponemos a modo de síntesis y de recordatorio algunas expresiones que nos pueden ayudar en esta gran tarea, interminable, de ayudar a tener una imagen más presentable de Dios.

- Dios vive «dentro» de mí y de toda la realidad.

- Vivimos siempre *en* Dios. Una presencia divina que nos envuelve. Presencia latente, discreta, oculta, que tiene que hacerse realidad experimentada.

- «En él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,28), debemos repetirlo mucho y que nos impregne hasta que sea una experiencia vivida.

- «El Espíritu de Dios mora y está en nosotros» (Jn 14,17). Somos habitáculo divino. Dios habita, in-habita en nosotros.

- La revelación no un dictado interno y solemne. Dios se manifiesta en nosotros al paso humano: pacientemente, persistentemente, usando todas las oportunidades que le damos para comunicarse con nosotros en el amor.

- Dios se está revelando siempre a todo hombre y a todos los hombres.

- Todas las religiones tienen revelación, participación en la Verdad divina. Tenemos que tratarlas con respeto y, como dice el Concilio Vaticano II, «reconocer, guardar y promover» su verdad.

- Orar es estar con la Presencia que me habita. Requiere de mí apertura, escucha, silencio, dejarme amar y amar. Simplemente estar con Aquel que me ama.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
1. IMÁGENES IDÓLATRAS DE DIOS	15
1. Del Dios del temor al Dios del amor	16
a) Un ser débil e inseguro que busca sentido	17
b) La utilización religiosa del miedo	22
c) Dios es amor	26
d) No herir al amor	34
e) Algunas sugerencias para cambiar la imagen de Dios	35
2. DEL DIOS INTERVENCIONISTA AL DIOS INTENCIONISTA	37
1. El mal providencialismo	37
a) Un modo peligroso de entender la presencia de Dios en el mundo	39
2. El Evangelio no presenta esta imagen de Dios	41
a) Lo primero, la preocupación por el Reino de Dios	42
b) Siempre y en todo con nosotros	44
3. Cómo entender la providencia o presencia de Dios en este mundo	45
a) No como una presencia directa	45
b) Dios es el Creador y sostenedor de este mundo	46
c) El Dios que crea seres libres no puede ser un Dios intervencionista	48
4. Una imagen sorprendente de Dios	49
a) Una visión muy positiva del mundo	49
b) La consistencia y autonomía del mundo	51
c) Dios se hace dependiente del hombre	52
5. Algunos problemas que suscita esta imagen no intervencionista de Dios	54

a) Este Dios no hace nada	54
b) Dios no nos soluciona nada, pero nos acompaña siempre	55
c) El dios milagrero es un pobre dios	56
d) Los milagros del Evangelio	60
e) Los milagros de los santos	61
f) El sentido de la oración de petición	62
6. Sugerencias para ayudar a cambiar la imagen de Dios	64
3. DEL DIOS DE LOS SACRIFICIOS AL DIOS DE LA VIDA	67
1. ¿Qué nos salva? Las imágenes de la salvación	67
a) «Por nosotros y por nuestra salvación»	68
b) Una imagen sádica de Dios	71
c) Mala imagen de Jesús	73
2. Consecuencias nefastas	74
3. Recuperar la vida	77
a) La cruz ligada a la vida y resurrección de Jesús	78
b) La imagen del Dios de la vida	80
4. El Dios de la vida y el exceso de sufrimiento en el mundo	83
a) El misterio del sufrimiento	83
b) ¿De dónde viene entonces el sufrimiento?	84
c) Dios es el Anti-mal	85
d) Llamada a colaborar con Dios	86
e) La dimensión política de la cruz	87
f) La actualidad del Dios de la vida	88
5. Sugerencias para ir asimilando esta imagen de Dios	89
4. DEL DIOS DE LA IMPOSICIÓN AL DIOS DE LA LIBERTAD	91
1. La caricatura del Dios impositivo	91
a) El Dios de la sumisión	92
b) El Dios represivo de la sexualidad	93
c) El Dios moralista	94
2. El Dios de Jesús en el Nuevo Testamento	96

a) Dios nos encarga su hacienda y poner en juego la libertad	96
b) «Para que seamos libres nos liberó el Mesías» (Gál 5,1)	97
c) Ser de casa	99
3. Dios no impone nada	99
a) Libres, sí, pero...	100
b) Dios no quiere nada que no brote de mi libertad	100
c) Exageraciones	101
d) La responsabilidad	103
4. ¿De dónde vienen los mandamientos?	105
a) No son mandatos, sino descubrimientos de la conciencia humana	105
b) Seguir la conciencia, hacer la propia voluntad: ser dueños	107
c) La voluntad de Dios es nuestra propia voluntad cuando actuamos en conciencia	108
5. La religión de la libertad	110
a) La llamada a la libertad	110
b) Ser dueño	111
6. Hacia el Dios de la libertad que hace dueños	112
5. DEL DIOS EXTERNO AL DIOS QUE NOS RODEA	113
1. El largo camino del Dios externo	113
a) Algunas consecuencias	114
2. Dios «dentro» de mí y de todo	115
a) En él vivimos, nos movemos y existimos	116
b) El Espíritu: Dios en nosotros	118
3. Algunas reflexiones sobre el «Dios dentro»	119
a) La recuperación del Espíritu Santo	119
b) Le habla a nuestro espíritu	120
c) Intimidad y trascendencia	121
d) El embarazo divino	122
4. La revelación de Dios «desde dentro»	125
a) Revelación en todas las religiones	127

5. Orar es estar	128
6. Para cambiar la imagen de Dios	130
6. DEL DIOS INDIVIDUALISTA AL DIOS SOLIDARIO	131
1. El planteamiento burgués de la religión	131
a) El individualismo del pecado	132
b) Un cristianismo burgués	134
2. El Dios Padre-Madre nuestro	136
a) El Dios de Israel	137
b) El reino de Dios	138
c) Una parábola que es un programa cristiano	140
3. Dios es solidaridad	141
a) En la encarnación, Dios se solidariza con lo más bajo	142
b) En la encarnación, Dios se solidariza con «lo distinto»	143
c) La encarnación significa que el ser humano es el acceso a Dios	144
4. El nombre laico de Dios	145
a) Solidaridad	145
b) Nosotros	146
5. Un «nosotros» con visión estructural	147
a) Compasión efectiva	147
b) La solidaridad es inteligente	149
6. Para el cambio de «imaginario»	150
7. DEL DIOS VIOLENTO AL DIOS DE LA PAZ	153
1. La violencia de lo sagrado	153
a) El chivo expiatorio	154
b) La ambigüedad de la religión	155
c) La sangrienta frontera del islam	156
d) Algunas primeras conclusiones	157
2. ¿Es el monoteísmo generador de violencia?	158
a) El exclusivismo monoteísta	158
b) El problema de la verdad	160
c) La competencia entre paradigmas	162

d) ¿Preferible el politeísmo al monoteísmo?	163
e) Pequeña defensa o apología del monoteísmo	164
3. Los pecados de la Escritura	166
4. El nombre de Dios es Paz	169
5. Un Dios y una religión no sacrificiales	171
6. Para asumir el Dios de la paz	173
8. DEL DIOS SOLITARIO AL DIOS TRINO	175
1. Al principio está la experiencia	175
a) La práctica del bautismo	176
b) La experiencia pascual	177
c) Las disputas y herejías	178
d) Encarnación y Trinidad	179
2. Huellas de la Trinidad	181
a) Espíritu	182
b) El Origen y Fuente inexpresables	183
c) Palabra encarnada, Sabiduría, Revelación	183
3. Imágenes de la Trinidad	184
a) Las dos manos del Padre (san Ireneo de Lyon)	185
b) La visión «monárquica» de san Agustín	186
c) Una imagen «feminista» de la Trinidad	187
d) Las funciones socio-políticas de las imágenes	188
4. Pensar la Trinidad	189
a) Las personas en la Trinidad	189
b) Un modelo comunicativo	191
c) La participación en la vida trinitaria	192
d) La Trinidad inmanente y la Trinidad económica	192
e) Sobre el misterio	193
5. Entrar en la danza trinitaria	194
a) ¿Cómo oramos a la Trinidad?	194
b) Gratuidad	195
6. Para la asimilación del Dios trinitario	196
9. EL LENGUAJE SOBRE DIOS	199
1. ¿Cómo hablar de lo no presente?	199

a) ¿Qué pasa con las cosas y sucesos no físicos ni presentes?	200
2. El hablar sobre Dios desde la «pecera humana»	203
a) La pecera humana	203
b) Un hablar del límite	205
c) Un saber que no sabe	207
3. El lenguaje simbólico religioso y sus aportaciones	208
a) El lenguaje simbólico ilumina y despierta	209
b) Abre a un horizonte nuevo	209
c) Expresa experiencias límite	210
d) El lenguaje simbólico nos dice algo real	211
EL ROSTRO INTERIOR DE JOSÉ MARÍA MARDONES. <i>In memoriam</i> , PATXI LOIDI	213

MATAR A NUESTROS DIOSES

ACTUALIDAD

Hay libros que nacen de la cabeza, el estudio y la reflexión. Otros cuyo impulso procede de la vivencia, de la necesidad de comunicar un caudal de sentimientos. Este libro nace de la práctica, del encuentro con creyentes y de la necesidad de responder a lo que considero una distorsión de la verdadera imagen cristiana de Dios.

En mi experiencia pastoral me he ido encontrando con una triste constatación: Dios no siempre es un elemento elevante, potenciador, liberador de la persona. Al revés, alrededor de su figura se dan cita un cúmulo de miedos, terrores, cargas morales, represiones o encogimientos vitales. No, Dios no siempre es una fuerza que desate nudos, libere de enredos, haga más ligera la carga de la vida o eleve a las personas por encima de las miserias existenciales y cotidianas. A menudo Dios es una carga pesada, muy pesada. Y muchos no se atreven ni a tirar este fardo por la borda.

Este libro nace del deseo de colaborar para liberar de este «Dios» opresor. Quisiera ayudar a que las personas descubrieran que esas «imágenes de Dios» no son el Dios de Jesús, sino su negación.

